

El estudio de la crisis en Chile y el papel del análisis sociológico. Entrevista a Aldo Mascareño¹

The study of crisis in Chile and the role of sociological analysis. Interview with Aldo Mascareño

NUVIA ROSAS

Estudiante de Sociología, Universidad de Chile
nuvia.rosas@ug.uchile.cl

MATÍAS SEMBLER

Estudiante de Sociología, Universidad de Chile
msembler@gmail.com

FRANCISCA TORRES

Egresada de Sociología, Universidad de Chile
torresc.francisca@gmail.com

Cómo citar este artículo

Rosas, N., Sembler, M., Torres, F. (2016). El estudio de la crisis en Chile y el papel del análisis sociológico. Entrevista a Aldo Mascareño. *Revista Némesis*, 13, 126-141.

Presentación

Aldo Mascareño es antropólogo social de la Universidad Austral de Chile, magíster en sociología de la Pontificia Universidad Católica de Chile y Doctor en Sociología de la Universidad de Bielefeld, Alemania. Sus investigaciones se han basado, principalmente, en la teoría de sistemas, en la sociología contemporánea, teorías del derecho global, políticas públicas, teoría de la cultura y sociología de América Latina.

Entre sus publicaciones se destacan los libros *Legitimization in World Society* –editado junto a Kathya Araujo– (Oxford. Routledge, 2012), y *Diferenciación y contingencia en América Latina* (Santiago. Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2010). También destaca su contribución con los siguientes capítulos: *Strukturelle und normative Interdependenz in der Weltgesellschaft und der lateinamerikanische Beitrag*² (Alemania. VS Verlag, 2012), *The ethics of the financial crisis* (Oxford. Hart Publishing, 2011), *Obstáculos y perspectivas de la sociología latinoamericana* (2011) en coautoría con Daniel Chernilo, y recientemente *Crisis in complex social systems: A social theory view*

¹ Entrevista realizada el XX de mayo del 2015. Agradecemos al profesor Aldo Mascareño su disposición participar y su preocupación por la edición de esta entrevista.

² Traducción: *Interdependencia estructural y normativa en la sociedad mundial y la contribución latinoamericana*.

illustrated with the Chilean case (Complexity, 2016), en colaboración con Eric Goles y Gonzalo Ruz.

Ha sido investigador visitante en el Centro de Investigación de Karlsruhe, Alemania, Punto de Contacto Nacional en el 7º Programa Marco de la Unión Europea, Director del Departamento de Sociología de la Universidad Alberto Hurtado, e investigador responsable y coinvestigador en varios proyectos Fondecyt. Actualmente es investigador responsable en el Núcleo Milenio Modelos de Crisis, en la Escuela de Gobierno de la Universidad Adolfo Ibáñez.

Entrevista

Muchas gracias por la entrevista y por la bienvenida. Queríamos que nos hablara acerca del Núcleo Milenio Modelos de Crisis, el proyecto que en que se encuentra trabajando en la Universidad Adolfo Ibáñez. ¿Cómo caracterizaría al equipo y el avance que han tenido hasta el momento?

Ese es un grupo que surgió a partir del interés académico en relación a lo que empezó a vivir Chile desde el año 2011 en adelante. Ese fue un momento en que uno ve lo que podría llamar o identificar –y definir teóricamente también– como el momento de contagio de la crisis: cuando la comunicación acerca de la crisis se expande en varias dimensiones de la sociedad chilena. Es una situación en la que estamos, más o menos, desde el 2011. Este grupo surge con la idea de observar estos procesos de crisis, entenderlos y visualizarlos desde una perspectiva interdisciplinaria.

La idea original del proyecto se forma desde la posición teórica que yo más conozco y trabajo –y que más me satisface: la teoría de sistemas. De todos modos, es una aproximación no ortodoxa, pues utiliza esa perspectiva combinándola con otras cosas. Y surge también con una motivación interdisciplinaria. Por ejemplo, con nosotros trabaja también Rodrigo Cordero, sociólogo, quien es más bien de la línea habermasiana de teoría crítica y crisis; Andrea Repetto, que es economista de la Universidad Adolfo Ibáñez. Componen el grupo también un filósofo que es Daniel Loewe; una historiadora, Francisca Rengifo; otro sociólogo, Mauricio Salgado; Gabriela Azócar, socióloga; Diego Rossello, cientista político y Daniel Chernilo, sociólogo. Y aquí viene lo más interesante, porque nuestra interdisciplinaria no se limita a las ciencias sociales, sino que también incluimos a investigadores de las ciencias exactas: Eric Goles, Premio Nacional de Ciencias Exactas, el físico Sergio Rica, y el ingeniero experto en *machine learning*, Gonzalo Ruz. Todos ellos son el *core* del proyecto.

El centro que creamos busca observar procesos de crisis, describirlos integrando teoría y metodología de las ciencias sociales con teoría y metodología de las ciencias exactas. Tiene el fin de modelar estos procesos con alguna aspiración de anticipación o de al menos de identificar cómo han sido en el pasado para ver cómo ellos también se pueden, de alguna manera, reproducir en el futuro. Así tenemos, por un lado, combinación de distintas teorías y, por otro, combinación de distintas disciplinas. Es un trabajo difícil, pero muy interesante. Buscamos innovar sociológicamente combinando

distintas perspectivas sociológicas, pero expandiéndonos muy radicalmente a otras disciplinas. El centro tiene financiamiento de Iniciativa Científica Milenio (ICM). Formalmente el centro de investigación empezó en 2015; ahí comenzó el trabajo ya más duro en la producción de artículos y la investigación.

Organizamos nuestro trabajo en torno a dos líneas de investigación. La Línea 1: Sobre el concepto de crisis, busca un desarrollo conceptual y teórico del problema, intentando dar cuenta del mecanismo generativo de las crisis sociales. La Línea 2: Sobre los modelos de crisis, crea conocimiento empírico y modelamiento de procesos de crisis. Durante el primer año hemos trabajado desarrollando teoría e investigando en el campo de la educación. En los años siguientes lo haremos sobre otras áreas como la salud, el ámbito financiero, el transporte.

Esos temas son atingentes a lo que sucede en Chile: la educación, el transporte, la política y el ambiente. Nosotros, leyendo acerca del centro, observamos que existe el objetivo de llevar el análisis de la crisis a un nivel más general. En el caso de haber escogido aquellos temas, ¿hay alguna limitación con respecto a tal objetivo? Porque los resultados, quizá, serían específicos según cada temática.

Los análisis empíricos entregan resultados únicamente aplicables a ámbitos específicos, y de acuerdo a los datos que se tengan. Pero la reflexión general acerca de la crisis es una reflexión universal, en el sentido de que lo que tratamos de identificar, en la investigación empírica y conceptual, es que hay una especie de *comportamiento universal* de las crisis. Y por universal no digo que esto se reproduzca del mismo modo en cualquier lugar y tiempo. Por comportamiento universal uno quiere decir un modelo replicable en otros lugares, es decir, que no solamente es particular de una región, no solamente particular de Chile. Yo creo que teóricamente eso se puede formular y se puede sustentar empíricamente también, intentando identificar, por ejemplo, si es que en procesos de crisis, como en la educación, como en las finanzas, como en el transporte, hay efectivamente fases similares, momentos similares o una operación similar. A eso nos referimos con el comportamiento universal de las crisis.

¿Qué significa eso concretamente? Por ejemplo, sistémicamente se puede entender que el mecanismo generativo de las crisis en sistemas sociales se explica por una implosión de reflexividad. Los sistemas son reflexivos, es decir, aplican sus comunicaciones autorreferencialmente a sí mismos. Sin embargo, para que los sistemas logren procesar las múltiples demandas que se formulan en el entorno, ellos deben poder observar lo que acontece en el entorno. Entonces, un sistema reflexivo es un sistema que combina autorreferencia y heterorreferencia, o en otros términos, referencia a sí mismo y referencia hacia el exterior de sí mismos. Este es un modo universal de funcionamiento tanto de la conciencia como de los sistemas sociales.

El problema surge cuando un sistema comienza a reiterar una selección previa solo porque esta ha sido exitosa en situaciones pasadas, sin atender a la pregunta reflexiva de si esa selección responde o no a los requerimientos en el entorno. En esos casos, los sistemas entran en una espiral de redundancia irreflexiva que me gusta denominar

singularidad, en conexión con un concepto de la física. Singularidad es un momento posible de la operación de un sistema en el que hay autorreferencia sin referencia externa. Este es justamente el momento explosivo y convulsionado de la crisis, en el que la espiral de singularidad ya no se puede detener. Ejemplos de esto hay muchos, el exceso económico de productos que no se consumen, el exceso de transacciones financieras más allá de la demanda real, la puesta en marcha de un golpe militar, la compulsión en cualquier proceso de desdiferenciación por dinero, por poder, por influencia, incluso por pasión como en los celos; la espirales de violencia en el escenario internacional o en escenarios locales como en las zonas ocupadas por narcotráfico. En todos estos casos, la comunicación pierde reflexividad y entra en un patrón de singularidad que reitera irreflexivamente selecciones previas y pierde capacidad de escapar a esa ceguera. Esa forma de la crisis, ese modelo de crisis, se puede observar en distintos espacios. A eso le llamamos universalidad.

Los momentos de este proceso también pueden ser considerados como universales en el sentido planteado. Estos momentos son la *incubación* de la crisis, su *contagio* y la *reestructuración*. La incubación es un momento difícilmente observable para los actores porque son procesos más estructurales que pasan desapercibidos para la experiencia cotidiana siempre situada. De hecho, en muchos de esos momentos iniciales de las crisis –cuando hay anuncios de algo que está en tensión o contradicción en las relaciones sociales, de alguna paradoja en las relaciones sociales– generalmente los actores políticos o sociales tienden a disminuir la importancia de esos procesos porque más bien funcionan con *expectativas de normalidad*. Llevándolo a un ejemplo cotidiano: uno siente un malestar corporal, pero lo ignora hasta que el cuerpo manifiesta mismo ese malestar en fiebre o algún otro síntoma. Hay una tendencia a descartar las advertencias o anuncios como parte del funcionamiento de expectativas de normalidad, lo que, en todo caso, permite reducir complejidad del presente, pero al precio de un exceso de complejidad futura que muchas veces se hace inmanejable, lo que lleva a situaciones de crisis.

Esa es la fase de incubación, y se caracteriza porque generalmente se ignoran las advertencias políticas, las advertencias éticas o incluso se ignoran problemas concretos en algún determinado ámbito o espacio muy visible. Por ejemplo, las protestas de los *pingüinos* el año 2006, que fueron un *warning*, una advertencia de lo que iba a pasar después, y la política manejó eso mediante esa mesa de diálogo de 70 personas, y asumió que el problema estaba resuelto. A eso me refiero con el hecho de descartar los anuncios iniciales de la crisis en base a esas expectativas de normalidad.

O como en la misma crisis del Transantiago, cuando recién comenzó, produjo harta revuelta en el tiempo.

La crisis del Transantiago es algo interesante. El sistema previo de las micros amarillas era un desastre. Las competencias, los choques, los accidentes proliferaban. Los tiempos de viaje probablemente eran menores, pero también había problemas por la congestión vehicular. Ahí hay un proceso de incubación de crisis. Frente a ello se toma esta decisión política que cambia radicalmente el sistema de transporte, y lo cambia por

otra crisis inmediata. Este proceso en el transporte es muy interesante justamente por eso: porque de una crisis se pasa a otra crisis. De una crisis donde no hay regulación, donde no hay planificación, se pasa una otra totalmente distinta. No hubo mayor investigación sobre cómo transformar un sistema complejo como el transporte. Se lo trató como un sistema trivial, y cuando uno trata como un sistema trivial a un sistema complejo, tiene una crisis asegurada a la vuelta de la esquina, como lo demuestran todas las catástrofes en ámbitos de alta tecnología. En el caso del Transantiago, hay una total desatención a las condiciones empíricas, concretas, reales, de cómo funciona un sistema de transporte, no solo como tal, sino en su integración en el contexto urbano. Esa crisis no ha pasado hasta hoy.

Nosotros recordamos que la ciudadanía intentó buscar un culpable. Y asociaron el problema con Zamorano, la figura pública que promovía el Transantiago. Le echaron la culpa. Eso no se había visto durante los primeros años de la democracia, que más bien fue un periodo más tranquilo, entre comillas, de lo que es hoy.

La búsqueda de ‘culpables’ es muy típica de los procesos de comunicación. Se requiere una atribución de causalidad. Y ahí se pone la culpa, se pone el acento en Zamorano; o en Bachelet misma, como sucedió también con el terremoto de 2010. En todos estos casos, sin embargo, el problema se debe más bien a sistemas altamente interrelacionados y poco resilientes en los cuales cualquier movimiento genera patrones emergentes que son incontrolables por personas individuales. Me parece que es un error atribuir a personas problemas que son sistémicos. Eso es parte de la invisibilidad de las crisis también; es el carácter *maldito* de las crisis, porque no se dejan ver, se ocultan a sí mismas detrás de los procesos de atribución de culpabilidad.

Continuemos. Una fase es la fase de *incubación*, y luego viene la fase de *contagio*, que es cuando hay un estallido o explosión relacionada con la tensión, paradoja o contradicción. En esa fase es cuando se comienzan a buscar culpables. Lo particular de esas situaciones, también, es que en la fase de contagio de la comunicación, la atribución de la culpabilidad no detiene el contagio de la crisis. Simplemente se expande hacia otros lados, y cada uno de nosotros se siente de alguna manera en crisis aun cuando uno no esté realmente afectado por la factualidad de la crisis. Aun cuando uno ande auto o bicicleta y se transporte sin depender de los buses, la crisis afecta como comunicación acerca de la crisis. La comunicación envuelve, porque todos hablan de eso y ello genera estructuras de expectativas sociales en relación a las cuales cada uno de nosotros se ve de algún modo involucrado. Como sucede ahora, también, en el ámbito político debido a los casos de fraude y tráfico de influencias. Es una crisis en el campo de la política, eso es cierto, pero cuando comunicamos acerca de ello, la comunicación nos atrapa en el registro de la crisis y observamos la generalidad en forma de negatividad y nos sentimos a la vez envueltos en esa situación de inestabilidad. Y si no lo estuviéramos, difícilmente estaríamos hablando de esto acá. Lo paradójico, además, es que cuando uno se siente en crisis, cuando la comunicación de la crisis te alcanza, uno comienza a reproducir los patrones de una crisis real. Por ejemplo, es muy notorio con el terrorismo. Cuando hay una situación de un ataque terrorista mayor, como el ataque a

las torres gemelas, por ejemplo, se comienzan a tomar medidas –en distintos gobiernos, en distintas partes del mundo– que provocan que nosotros mismos sintamos que estamos ante un peligro real de terrorismo, aun cuando no lo estemos. Y eso nos induce a la situación de crisis real. Pasamos de la crisis comunicativa a la crisis real, a la operación misma de la crisis, y todos sufrimos las consecuencias de eso.

Luego de la fase de *contagio* viene la fase de *reestructuración*. Este momento puede tener manifestaciones diversas. Si la crisis es producida por lo que se llama ‘desastre natural’ o ‘tecnológico’, entonces la reestructuración se entiende como el *manejo de una diferencia*, por ejemplo, de una diferencia entre el ‘estado anterior’ o entre un objetivo y el estado actual. Restablecimiento de comunicaciones, reconstrucción de caminos, de puentes, de instalaciones, de la salud de la población. Si la crisis es producida por eventos sociales, dependiendo de su magnitud, se abren el camino de la *reforma* o de la *catástrofe*. La reforma también maneja una diferencia entre un estado ideal de futuro y la descripción negativa del presente, por ejemplo, reforma en la salud, en la educación, en el sistema de pensiones. En estos casos, los objetivos se plantean en términos sectoriales, con lo que se dejan de observar las interrelaciones complejas entre las reformas y entre las reformas y lo que no se reforma. Esta es la situación del gobierno actual según mi parecer. Un programa de reformas debe también poder visualizar el conjunto de reformas como un sistema complejo, y no solo pretender que las consecuencias de las reformas tendrán solo repercusiones en los campos en los que políticamente se pretenden aplicar. Cuando esto no se hace, las propias reformas generan nuevas situaciones de crisis por el desajuste que provocan y la consecuente comunicación acerca de la crisis que generan. El camino de la catástrofe es distinto. Ahí se trata de una reestructuración mayor o total de las relaciones sociales; no es una reducción de diferencia, sino una ampliación de diferencias. Una catástrofe, por ejemplo, es lo que sucede a partir del 11 de septiembre de 1973. Ahí se cambia radicalmente la forma de las relaciones sociales; sociológicamente significa una reestructuración absoluta del orden social.

Una pregunta. Es importante hablar de la función de los medios, que también hacen notar la crisis y la van fomentando, de una u otra forma. En el caso de lo medioambiental, puede observarse que ha sido un tema invisibilizado en los medios. Sin embargo, está empezando a haber una tendencia en que las personas están dándose cuenta de determinados conflictos. Los localismos serían un ejemplo, como lo que pasó en Freirina. También las personas se informan a través de Internet, por ejemplo, sobre el tema de los alimentos (Monsanto) incluso lo que sucede, por ejemplo, con el maquillaje. En fin, información que señala que todo lo procesado artificialmente, de una u otra forma, es nocivo para la salud. ¿Podría considerarse como una especie de incubación? Aparentemente no se ha profundizado la crisis, y quizá es porque los medios todavía no le dan importancia suficiente

Efectivamente es un proceso de incubación. Las fases no son necesarias, esto es, puede haber una fase de incubación que políticas públicas adecuadas, por decisiones oportunas para enfrentar esos procesos no se transforman en contagio, no explotan

como crisis. Por ejemplo, los acuerdos internacionales respecto al cambio climático, aunque estén referidos a un tema muy particular –la crisis ambiental o el problema ambiental, más que la crisis– pueden resultar en que efectivamente la crisis que está proyectada para el 2030, no se produzca porque las políticas se ejecutaron correctamente. Siempre se puede tener esta esperanza. Sin embargo, esto es difícil, porque los sistemas complejos son muy reaccionarios a influencias políticas o a influencias morales o a influencias externas, de nosotros mismos. Son muy reacios a entender, también, protestas sociales, movimientos sociales. Por eso las protestas tienen que ser sostenidas, fuertes, como lo fue la de la educación, por ejemplo, en Chile, para que realmente los sistemas sociales puedan cambiar sus patrones comunicativos y establecer una transformación desde dentro. Lo bueno de la teoría de sistemas es que muestra justamente esa dificultad de enfrentarse a los sistemas sociales, a los cuales es muy difícil ingresar por la vía de proclamaciones éticas, o incluso de movimientos sociales, o de políticas particulares.

Pero en el caso que mencionan, sí, efectivamente yo diría que hay signos de procesos de incubación de crisis en el campo ambiental. Relacionaría esto con un crecimiento compulsivo de la comunicación económica que permea en distintos ámbitos sociales y por tanto hace que existan pocos incentivos justamente económicos para cambiar las formas en las cuales la industria funciona. Entonces, se producen daños al medio ambiente producto de la forma de utilización de combustibles fósiles, cosas por el estilo. De hecho, ese es nuestro diagnóstico inicial para el caso de Chile, y también es bastante universal al menos en Occidente. Otro ejemplo es la educación. En la educación uno ve como efectivamente la introducción del medio dinero, las intervenciones del dinero en la definición de calidad de la educación desde los años ochenta en adelante, se transforma en una especie de –como dice Habermas– colonización del ámbito de la educación, o de desdiferenciación de ámbitos sistémicos, como podría decirse desde la teoría de sistemas. El medio dinero tiene una increíble capacidad de penetrar en distintos ámbitos sociales y de definir operaciones en estos distintos ámbitos, como en lo que se observa en relación al financiamiento de la política. Sociológicamente, prefiero no condensar estos problemas bajo la fórmula del neoliberalismo, pues con ello se es inespecífico respecto de la operación social que hay de fondo. El proceso social se describe mejor como colonización o como desdiferenciación.

Respecto a los localismos como Freirina, son parte de esa misma historia de crisis. Por ejemplo, pienso en Alemania en los años setenta, cuando surge el Partido Verde en el área industrial de Alemania del norte. Esto es motivado principalmente por la contaminación en un área altamente industrializada de Alemania, cuyos índices no solo afectan las áreas locales sino la región. Para enfrentar ello se introdujeron regulaciones, es decir, se trata de *management* de crisis. El problema puede controlarse regionalmente, pero en el contexto de una sociedad global, la industria se mueve a espacios con regulaciones menores o sin regulaciones, con lo que el problema a nivel global subsiste. La pregunta hoy es en qué momento se va a producir ese punto crítico en el cual vamos a entrar a una fase donde ya la crisis medioambiental no se hace controlable.

¿En qué sentido, además de que la teoría social se anticipe a los momentos de crisis, al observar los momentos de “incubación” –porque además se plantean administrar las consecuencias, o cosas así–, se puede contribuir en esa dirección desde la teoría de sistemas?

Yo diría en general, desde la teoría sociológica, que la identificación de esa fase es un primer paso para decir “ponga atención a esos momentos que parecen poco relevantes hoy, donde hay problemas específicos en un ámbito determinado”. Lo que generalmente sucede es que se actualizan expectativas de normalidad que llevan a sostener que “la cosa está funcionando bien; una protesta por aquí, una protesta por allá no es algo problemático”. La responsabilidad teórico-sociológica está en observar esas señales, esas autodescripciones negativas que se formulan en demandas, en protestas, en disidencias, para observar las condiciones estructurales que están tras esas manifestaciones. ¿Están dando cuenta de algo que es más sistémico, que es justamente un proceso de incubación de crisis que está detrás, que es subterráneo? ¿Los micro-temblores anuncian un terremoto? Esa es la pregunta. Esa pregunta debe responderse. Tampoco se puede asumir que la comunicación de cualquier protesta es el anuncio de un futuro de crisis; por ello la pregunta sociológica por las condiciones estructurales de las posibilidades de crisis es tan relevante.

A partir de ello es posible realizar recomendaciones de lo que uno observa de todos estos procesos de crisis. Ello es particularmente importante en ‘desastres naturales’. Un terremoto es un simple acontecimiento. La naturaleza se transforma en problema únicamente cuando hay una sociedad que sufre de las consecuencias, y si esa sociedad sufre esas consecuencias es porque la sociedad misma no está preparada para enfrentar esos problemas. Esa es una dimensión que solo puede ser observada haciéndose la pregunta por las condiciones estructurales.

Uno de los grandes problemas que existen en relación al enfrentamiento de desastres naturales como terremotos es que la reacción viene determinada por una estructura de decisiones jerárquicas que choca con la factualidad de problemas horizontales y complejos. ¿Qué quiero decir con esto? Que buena parte de la crisis en desastres naturales, no está en el evento mismo, en la destrucción que produce, sino en la forma jerárquica de lidiar con un problema que resiste a toda jerarquía y a todo orden vertical. La imagen de la presidenta Bachelet en la ONEMI en el terremoto del 27F es la peor forma de enfrentar procesos de crisis de esa naturaleza. Lo que en esas situaciones tendría que existir es una *preparación distribuida* para enfrentar particularmente las distintas situaciones de crisis que localmente se vayan produciendo como efecto de la crisis generalizada, y no esperar que la decisión se tome desde órganos centrales. Solo ello incrementa la *resiliencia* de sistemas complejos ante situaciones críticas. Nuevamente, algo así solo puede observarse cuando las señales de advertencia se toman en cuenta como manifestaciones de condiciones estructurales, esto es, cuando se realiza la pregunta sociológica.

O sea, la organización más que responder a la crisis misma, responde al proceso de atribución que se puede dar, como “vamos a poner la cara de la persona que puede querer culpar la gente en vez de hacerse cargo”...

Esa es una dimensión, pero lo otro es cómo uno distribuye el poder de decisión. Porque si uno concentra el poder de decisión en figuras de posiciones jerárquicas superiores, entonces la demora en que la información llegue hasta los encargados locales y aquellos en terreno es la diferencia entre la vida y la muerte, o puede serlo.

En cambio, si frente a esas situaciones de crisis, que son crisis muy explosivas como un desastre natural, hay protocolos locales en ese momento para enfrentar el problema, la decisión está más distribuida, está localmente distribuida. No hay que esperar que las jerarquías digan qué es lo que hay que hacer. La jerarquía puede, ahora mismo por ejemplo, promover procedimientos en espacios vulnerables, generar capacidades de manejo, es decir, crear estructuras latentes que se activen en caso necesario. Sin embargo, la lógica de la jerarquía, justamente por jerárquica, no observa estos problemas. Ellos son su punto ciego. Más bien se prepara para enfrentar los desastres como Hércules contra Hydra. Y cuando eso acontece, se corta una cabeza y aparecen dos más. La misma intervención incrementa el problema. Es tan claro cómo esto fue lo que aconteció en el terremoto de 2010, con el fallido anuncio de tsunami, con la dilación en el restablecimiento del orden público en Concepción, con el envío de ayuda desde Santiago.

La sociología puede observar estas cosas. Esa es la forma, creo yo, de contribuir, más allá también de todos los procesos de investigación que hay detrás y de cómo los modelamientos sociales de estas cuestiones pueden llegar a mostrarnos sus dinámicas. Con modelamientos matemáticos y computacionales de estos procesos uno, obviamente, no estará en condiciones de decir “el 18 de marzo de 2011 va a haber una protesta”; nadie conoce el futuro. Pero sí puede decir “dadas estas condiciones, es probable que”. La sociología puede advertir este tipo de cosas en el presente, sin duda.

En relación con lo mismo, ¿cuál es la posibilidad real de que estos aportes de la sociología sean tomados en cuenta por las personas que toman las decisiones? Lo pregunto porque en el área de otras ciencias, por ejemplo lo mismo que ha ocurrido con los desastres naturales, en muchos de ellos igual habían profesionales hace tiempo que estaban diciendo que, por ejemplo, la crisis con los volcanes en el Sur ya se veía venir, o el tema de los aluviones en el Norte –que también pueden estar relacionados con los relaves mineros–, que eso podría explicar la catástrofe que hubo con las abundantes lluvias, pero no necesariamente eso iba a provocar ese desastre y existe gente que lo está diciendo. Entonces, ¿en qué sentido la sociología, diciendo estas cosas, qué posibilidad real tiene de ayudar? Si es que acaso las personas que toman las decisiones escuchan o no a los sociólogos.

Si uno lo lee esto desde una perspectiva sistémica, entonces no solo se observan las condiciones estructurales de la producción de crisis, sino también la resistencia de

sistemas como la política frente a advertencias desde otras esferas. No es imposible, pero es altamente improbable que la política tome en cuenta operativamente anuncios científicos. Puede organizar encuentros, invitar a expertos internacionales, financiar investigaciones, pero es justamente su permanente autodescripción como crisis lo que hace que la política ponga en un plano secundario la observación de las condiciones estructurales. Entonces, claro, esa es una pregunta probablemente irresoluble. Es un problema difícil de solucionar porque tiene que ver justamente con cómo un sistema, como la burocracia decisional política, logra dejarse hablar por otro ámbito sistémico que es el de la ciencia o el de la sociología y que también tiene sus propias determinaciones.

Yo diría que la situación chilena de hoy es un momento interesante, porque los momentos de contagio de crisis son los momentos en que uno se azota la cabeza contra el suelo. Son los momentos de mayor sensibilidad que todos podemos tener; en los que uno está dispuesto a transformar de alguna manera sus relaciones sociales o sus conductas. Es el momento preciso en el que el otro está más abierto a las posibilidades de comunicación externa, a dejarse hablar por otro que no habla como él. Es un *momento constitucional* en el sentido más pleno de la palabra. Las grandes crisis inducen esos momentos reflexivos generalizados en los que los fundamentos se someten a crítica. No fue con Lagos en los 2005, tampoco con los pingüinos en 2006. El momento constituyente se comienza a abrir en 2011 y estamos ahora en medio de él. Esto tendrá consecuencias obviamente en todos los ámbitos, pero las consecuencias tampoco son determinantes en el corto plazo. Se requiere también un marco de legislación y de políticas públicas. Pero sí, efectivamente son momentos constitucionales en los cuales hay más receptibilidad en las comunicaciones.

Hay más consenso también...

Más bien son momentos de incertidumbre que pueden llevar a consensos básicos. Son momentos de transición y de una alta incertidumbre en que uno sabe que viene un cambio, pero no sabe a dónde va ese cambio. Y por lo tanto, cada uno se aferra a una determinada opción, y en algunos sentidos también se está más abierto a alternativas. En todo caso, no creo que hoy se requiera de un consenso generalizado, salvo en cuestiones muy mínimas que constituyen fundamentos, como el valor de la democracia, de la libertad. Pero fueron los consensos estilo años 90 los que hicieron imposible ver las situaciones de incubación que se producían. La sociedad chilena más bien tiene que producir estructuras políticas plurales adecuadas a la diversidad y complejidad que existe.

Me llama la atención algo sobre las distintas etapas de la crisis y la invisibilidad como casi permanente, sobre todo durante la etapa de incubación, con respecto a los niveles de análisis de la teoría de sistemas. Está el sistema, las organizaciones y así, hasta llegar a lo más pequeño... ¿Cómo se va moviendo la crisis en estos niveles, o sea, cuando se observa una crisis, dónde la “agarramos”, por decirlo así?

Los momentos de incubación solamente se pueden observar desde un punto de vista de un análisis sociológico, porque son más invisibles a los actores, a la generalidad de los actores. Desde el punto de vista de la experiencia más bien se observa un panorama general de normalidad al que hay que adaptarse, aun cuando efectivamente haya actores que experimentan conflictos, que son los que la sociología puede entender como síntomas de problemas estructurales. En ese sentido, el problema es sistémico, y en el caso chileno eso se ha traducido en problemas de desdiferenciación como lo he dicho antes. Esta desdiferenciación principalmente se relaciona con la capacidad del medio dinero de influenciar operaciones en otros ámbitos limitando la reflexividad de ellos. En la educación, la monetarización ha implicado segregación, no solo territorial sino en términos de formación y calidad de educación; en la salud ha implicado problemas de acceso y oportunidad; en la seguridad social ha supuesto alta incertidumbre del futuro por las bajas pensiones que ofrecen la AFP; en la política ha llevado a corrupción y problemas de representación y legitimidad. Lo que digo es que tenemos un sistema que opera bajo altas condiciones de estratificación. Es una cuestión sistémicamente problemática, pues a los sistemas les importa continuar su operación mediante la inclusión de personas en sus comunicaciones, pero no les interesa si todos son incluidos. Entonces, el desafío principalmente de la política es la deconstrucción de las barreras estructurales que limitan la inclusión de más personas en las operaciones de los sistemas. Esto es siempre un ejercicio complicado, porque la política misma debe renunciar a su propia tentación de introducir privilegios para sí misma.

Esto puede tener que ver también con el carácter o naturaleza que tiene el derecho en la actualidad. Como cuando el carácter positivo se empieza a consagrar en cierto sentido y pierde importancia a veces el contenido. Importa más la norma.

No creo que tenga que ver con el problema de la positivización, porque uno esperaría que los derechos humanos estuviesen positivizados también. Más bien tiene que ver con cuál es el esquema sistémico de conflicto que condensa uno u otro tipo de norma, con cuáles son las fuerzas sociales que en determinado momento condensan un tipo de derecho positivo u otro. La mayoría culpa al derecho por eso, pero con ello se olvida su acoplamiento con la política.

En relación a los impactos de la crisis en distintos niveles, recién hoy observamos el nivel más sistémico de la crisis. El discurso político continúa intentando delimitar su alcance: se habla de crisis de la elite, de crisis de los políticos, de crisis del gobierno, incluso de las instituciones. Pero aun cuando el discurso trata de delimitar, es el mismo discurso el que inflaciona la comunicación de crisis y nos envuelve a todos en ella. A nivel de las organizaciones, hay por cierto un acoplamiento con todos estos problemas más generales y que se expresa en la escisión entre expectativas de los públicos y la capacidad de las organizaciones de absorber las demandas de los públicos. Es cierto que nunca hay unidad entre expectativas y capacidad de las instituciones o de las organizaciones de absorber la demanda de los públicos. Pero en procesos de incubación de crisis, esa distancia se va paulatinamente incrementando en el nivel organizacional. A nivel sistémico general, uno tendría que observarlos en esos procesos de crecimiento

compulsivo de una determinada comunicación sistémica. A nivel organizacional, uno tendría que verlo más bien respecto de cómo se van distanciando expectativas y capacidad de respuesta de las instituciones o de las organizaciones.

El Transantiago, por ejemplo, genera un salto abrupto de expectativas sobre la capacidad de absorber las demandas de los públicos en este ámbito. El sistema prometió demasiado. Y en corto tiempo esas expectativas se decepcionaron en la experiencia de cada usuario. Es decir, el nivel individual sufrió esto como un peligro, es decir, como una consecuencia de decisiones en las que los usuarios no participaron y a las que solo se vieron sometidos. La experiencia individual de la crisis siempre tiene que ver con decisiones propias o de otros, y la mantención de la crisis con la ausencia de decisiones; la complejidad individual se ordena de ese modo: conectando situaciones sociales a decisiones puntuales en el tiempo y en el espacio sistémico. Uno puede sufrir las consecuencias de las decisiones de otros o de las propias; y uno puede también sufrir crisis por la ausencia de decisiones de otros o propias. El problema ecológico generalmente se reconstruye como un problema de ausencia de decisiones de otros (de gobiernos, actores, de empresarios); las crisis personales generalmente se atribuyen a la ausencia de decisiones propias: ‘¿por qué no habré hecho esto antes?’ Lo que une ambos casos es que se sabe que hay una decisión que tomar, pero la decisión no se toma. La extensión de ese momento de incertidumbre, de indecisión, es lo que produce crisis.

Es interesante porque es muy común que uno piense “no, si se va a solucionar de alguna forma”. Entonces la experiencia de la crisis individual es mucho más frecuente, por decirlo así, y en otros grados que la sistémica.

Es distinta. Ahora, las interrelaciones entre estas cuestiones son potentes. Por ejemplo, uno puede estar mal en un trabajo por las razones que sea. Uno se siente insatisfecho, en un trabajo rutinario, y uno sabe que tiene que tomar la decisión de irse de ese trabajo. Pero ¿qué pasa cuando se toma la decisión de irse de ese trabajo? Llega a otro trabajo en que las condiciones pueden ser peores; o simplemente puede no haber trabajo en otro espacio. Entonces el problema sistémico no es manejado desde el punto de vista de las decisiones individuales, sino desde la constelación sistémica en que esas decisiones se toman. En todo caso, en condiciones de alta inclusión uno puede elegir, entre colegios privados, entre clínicas privadas, entre lugares donde ir de vacaciones, pero todo ello depende de una alta inclusión primaria en el mercado.

Claro, tu decisión individual tiene un peso.

Uno puede moverse cuando tiene el dinero. Pero se pierden todas esas capacidades, todas esas alternativas de movilidad, de autoinclusión y autoexclusión, si es que no se tienen los medios adecuados. La persona queda limitada, en el mejor de los casos, a un sistema público que es más deficiente, que se demora, que no entrega alta calidad, etc. Y en el peor, queda entregado a redes que ofrecen rendimientos de inclusión y que son ajenas a todos los mecanismos procedimentales de inclusión. Esto es, por ejemplo, lo que sucede en las grandes periferias urbanas de América Latina, en las que redes de corrupción, de delincuencia, de narcotráfico o de favores cooptan a las personas pues

ellas ofrecen rendimientos que esas personas no pueden obtener por las vías institucionales.

Para recapitular –y también para cerrar también la entrevista–, pensando en lo complejo del tema del Núcleo Milenio que están abordando y la gran diferencia de disciplinas que se reúnen ahí, son tres preguntas. ¿Cómo logran orientarse en común para no producir cuestiones aisladas? para que no pase algo como “Nosotros miramos esta cara aislada del fenómeno”. Y la otra es que justamente lo que ustedes produzcan ahí pueda servir en algún momento para tomar decisiones. Y ¿cómo manejan el tema de que la historia de la sociología latinoamericana ha tendido a instrumentalizar la sociología? Entonces veamos cómo van manejando el tema de no sesgarse, para que sus productos no sean sólo herramientas, sólo instrumentos. Bueno la primera pregunta ya la contestaste al principio, el tema de lo territorial, lo de extrapolar desde Chile hacia afuera justamente pensando en el equipo del núcleo Milenio.

Lo primero, respecto de cómo organizamos enfoques disciplinares tan distintos en el ámbito de la investigación científica, la cuestión central es enfocarse en un problema común que no es extraño para ninguno de nosotros ni de las áreas. Por ponerlo simplemente como analogía, los físicos estudian catástrofes, estudian ‘crisis’ en materiales por ejemplo. La catástrofe sería en este caso cómo los cristales de un fierro cuando se doblan generan un cambio en la estructura. La gran diferencia entre los procesos físicos naturales y sociales es que nosotros podemos pensar acerca de lo que nos ha pasado y los materiales no piensan acerca de ellos mismos. Esto es reflexividad de la comunicación. El mundo natural no piensa acerca de sí mismo. Ese nivel de reflexividad es propio de las relaciones sociales (y también de la conciencia), independiente de que uno pueda pensar que a cierto nivel de los nano-componentes de alguna red digital tengan una cierta capacidad de reflexión en torno a ellos. Pero el horizonte es mucho más denso en términos sociales, en términos semánticos, en términos simbólicos; ello nos pertenece a nosotros. Esa es la gran diferencia. Es un desafío dentro de este marco, pero también una cierta situación de cercanía, al menos inicial.

Otro factor que ha contribuido al entendimiento es que la teoría de sistemas tiene un potencial de conversación muy extenso en el ámbito científico, tanto con la tradición sociológica como con otras disciplinas de ciencias de la complejidad. No es como la teoría de Habermas, que condensa la tradición humanista y la transforma en una potente teoría sociológica y política, pero muy arraigada en una tradición y en un lenguaje particular. Al estar basada en teorías de la complejidad, la teoría de sistemas puede abrirse sin mayores problemas a otros campos como la biología, la física, la matemática, la teoría de la evolución. Absorbe más cosas de otros ámbitos disciplinarios y eso hace que el lenguaje de la teoría de sistemas pueda sonar extraño para una tradición sociológica más clásica, pero es lo que la abre a un diálogo interdisciplinario fructífero. El lenguaje es común. Doy un ejemplo. El concepto de ‘bifurcación’ es clave en teoría de sistemas, pues permite dar cuenta de las posibilidades que en cada momento se tienen de realizar una u otra selección y, por tanto, de desplegar la

paradoja de todo sistema autorreferencial de contener su propia negación en el código. Para evitar el riesgo de un regreso infinito producto de esa paradoja, el sistema genera una salida por medio de bifurcaciones que ponen en movimiento la operación del sistema. Con ello, el sistema oscila entre opciones y no está obligado a reiterar sus selecciones.

El concepto de bifurcación es fundamental también en la matemática y, por tanto, en la física. Indica un espacio topológico en el que pequeñas variaciones pueden dar lugar a patrones emergentes de cambio acelerado en sistemas dinámicos. Algo similar sucede con el concepto de clausura operativa o con el de singularidad. Todos ellos son conceptos sociológicos en teoría de sistemas que también tienen un uso y origen en las matemáticas. Ciertamente en teoría de sistemas sociales y en matemática connotan cuestiones distintas referidas a los problemas de cada disciplina e integradas en conjuntos mayores de conceptos cuyas relaciones forman teorías, pero el lenguaje es el mismo. Por lo que la conversación se hace interesantemente creativa.

Ahora claro, esas son las condiciones iniciales del trabajo en conjunto. Después hay que hacer funcionar la interdisciplinariedad; cómo hacemos un modelo físico, algebraico, matemático, o basado en agentes, o lo que sea, que nos permita dar cuenta de un proceso social concreto. Ese es el trabajo metodológico. No hay secreto en eso: hay que trabajar mucho, interactuar mucho, atreverse mucho y dejar momentáneamente al lado la ignorancia que uno tiene para comprender el esquema general y solo luego entrar en los detalles. Eso hace el trabajo muy motivante.

Respecto de cómo poner esto a disposición de la toma de decisiones, lo primero es tener claro qué es lo que se quiere transmitir para después desarrollar transferencias tecnológicas con actores de estos distintos ámbitos y utilizando formatos poco convencionales. Por ejemplo, ahora desarrollamos un proyecto de vinculación de artes visuales y crisis, pues pensamos que el arte es otra forma de expresión de la experiencia de crisis. Con ello, no solo queremos aportar conocimiento en el sentido clásico, sino también espacios de reflexión. Buscamos distanciarnos de los obstáculos que han tenido las ciencias sociales en relación a diversas formas de conversación.

Tratando de evitar esos obstáculos que ha tenido la sociología en Latinoamérica, ¿cómo a la vez se puede comprender o comparar ciertos procesos, que se han vivido en Latinoamérica, de crisis a inicios del presente siglo que se relacionan también con lo que se está viviendo en Chile, sobre todo la expansión de lo económico expresado en los procesos de neoliberalización, como Argentina el 2001 y la forma en que se han llevado adelante restauraciones? ¿En qué sentido se pueden extraer conclusiones sin caer en los obstáculos que ha tenido la sociología en Latinoamérica?

No sé si te entendí bien. Estamos pensando en los tres obstáculos del artículo mío con Chernilo, ¿cierto? El primero es que las sociedades de América han sido siempre un reflejo de la sociedad europea en el sentido de una versión limitada de ella. El segundo es que el conocimiento es dirigido por intereses más particularistas antes que por una

posición normativa de carácter universalista. Y el tercero es la valoración del conocimiento según su utilidad política. La pregunta es ¿entonces?

¿Cómo a partir de evidenciar aquello se pueden extraer conclusiones de otras crisis vividas en Latinoamérica en los últimos años? O sea, ¿cómo compararlas sin caer en un particularismo latinoamericanista o de que son un problema esencialmente latinoamericano?

No sé si a la situación que producen los obstáculos lo llamaría crisis. Tal vez crisis de la sociología pudiese ser. En todo caso, no es un tópico en el que por ahora nosotros estemos interesados o investigando. Pero sí, en la interpretación sociológica latinoamericana es muy instructivo pensar en esos obstáculos y es evidente también cómo cierta sociología o ciertos autores o dimensiones de los autores se apartan de ella. A mí, particularmente, me llama mucho la atención y me enseña mucho la sociología de Germani por ejemplo –Gino Germani, sociólogo ítalo-argentino de los años 40, 50, 60– justamente porque creo que supera estos obstáculos; o lo que han hecho Cardoso y Faletto, Jorge Larraín, Manuel Antonio Garretón más en el presente. Lo que particularmente admiro de esa sociología latinoamericana es que su interés primordial es un interés sociológico, sin descuidar el interés político de la democratización, del totalitarismo, de cómo el populismo peronista y el populismo de Getulio Vargas se convierten en totalitarismo y obstaculizan el desarrollo de la democracia en las sociedades latinoamericanas. Me llaman la atención también porque reflexionan sobre un período de crisis, incluso se podría decir de catástrofe: el tránsito de la sociedad tradicional a la sociedad moderna. En el fondo, se trata de una sociología de la incertidumbre, de la transición, que muestra cómo en América Latina conviven y se integran situaciones altamente modernas de racionalidad instrumental con situaciones tradicionales de racionalidad tradicional en el sentido weberiano de los términos.

Yo creo que cuando uno se sale de los obstáculos particularistas, cuando se sale del hecho de que Europa tiene que ser el modelo, cuando se sale de la idea que la sociología tiene que responder necesariamente a objetivos políticos, entonces los problemas sociales ganan en complejidad, con lo que las orientaciones políticas que se tomen pueden ser mucho más matizadas y plurales. El gran pecado de Germani, por ejemplo, fue escribir en una época en que todo el mundo era marxista, en el que en cualquier cosa que no fuese marxista era reaccionaria, era fascista. Lo paradójico es que Germani constituye la crítica más profunda y sistemática al populismo latinoamericano, a su carácter fascista y a su retórica populista.

Yo creo que una responsabilidad sociológica es justamente tener en mente estos obstáculos. La sociología no puede contentarse con creer que describe lo que los actores 'sienten'. Esta es una pretensión demasiado alta y que algunos transforman en estándar moral y lo conectan demasiado fácilmente con determinados programas políticos, sin siquiera preguntar a los actores si compartirían tales estándares. Me parece que incluso puede ayudar más a los actores describir lo que ellos no ven, es decir, las condiciones estructurales donde se forman las experiencias y las acciones, pues son esas condiciones las que seguramente, tarde o temprano los van a afectar. Con el tema de las

crisis uno pone mucha atención a las cuestiones que no se ven, porque ahí es donde están los procesos de incubación. Ahí, en lo que los actores no logran reflexionar, en lo que los actores no logran incluso experimentar, están las claves de sus problemas presentes y futuros.

Nuestra aproximación permite poner acento en esa pregunta por las condiciones estructurales que producen los problemas actuales, y no solamente eso, sino cuales son las condiciones estructurales que vamos a producir y que, sin duda, van a generar otra crisis en veinte o treinta años más. Porque cuando cambiamos las condiciones estructurales en las cuales hoy vivimos, damos el primer paso en la incubación de una nueva crisis y eso probablemente sea inevitable en condiciones de alta complejidad. Las crisis son recurrentes, y son recurrentes porque esta sociedad es tremendamente compleja y porque esta sociedad genera un horizonte institucional muy homogéneo también, al menos en Occidente e incluso en todo el mundo. En todo el mundo hay que administrar el poder, en todo el mundo hay que hacer negocios, en todo el mundo se hace arte, y para todo ese entorno se hace ciencia. Y para todas esas dimensiones, las semánticas, procedimientos, discursos e instituciones son más o menos equivalentes. Uno puede hacer la diferencia entre un sistema político democrático y un sistema político totalitario, o musulmán, o autoritario, o democracia protegida o liberal, o lo que se quiera. Pero en todos los casos tiene que haber administración del poder y eso constituye una homogeneidad institucional muy alta en la sociedad moderna que facilita la transmisión de las operaciones y comunicaciones de crisis. Entonces, cualquier problema en cualquier localidad puede expandirse con la alta velocidad de la comunicación. Sabemos de inmediato lo que está sucediendo con pocos minutos de retraso respecto de lo que está aconteciendo en otros lugares, y eso hace que la misma interconexión que constituye nuestra modernidad y que tantas oportunidades nos abre, sea a la vez la carretera por la cual se expanden todas las crisis. Producto de todo ello, estamos en una situación mucho más vulnerable que antes, y por tanto, hay que esperar más crisis y más permanentes en la mayoría de los sistemas sociales en los que cotidianamente nos movemos.

Muchas gracias por su entrevista.